

Editorial

Ecología: la casa es de todos

La lista es larga: tumores de la piel, enfermedades de las vías respiratorias, contaminación del aire, el agua y el suelo, contaminación visual y acústica, accidentes de trabajo y de carretera, intoxicación por productos químicos, infecciones del aparato digestivo; alimentos y animales transgénicos. Y, además, un clima cada vez más extremo, el efecto “invernadero”, calentamiento de la tierra, agujero en el ozono; períodos prolongados de sequía, inundaciones violentas; desertificación de amplias zonas de la tierra, empobrecimiento de los suelos deslavados, períodos de hambruna, dependencia alimenticia de pueblos acostumbrados antes a una economía de auto-suficiencia, escasez del “oro blanco”, el agua y previsión de conflictos y guerras para la gestión y utilización de la misma, etc.

La vida en las grandes ciudades, caracterizadas por los fenómenos del hacinamiento, del tráfico caótico y por brotes inauditos de violencia, se vuelve más difícil y fuente de estrés. La misma organización laboral alienta una competencia desenfadada, aumentando las ocasiones de estrés.

Se trata sólo de algunos de los factores que contribuyen al deterioro de la calidad de vida: nuestra existencia transcurre amenazada, en peligro.

El mundo es – debería ser – la “casa de todos”. Estamos convencidos de esto, sin embargo nos damos cuenta que sólo algunos pocos mandan y deciden sobre como administrarla. El progreso no beneficia a todos en igual manera y esto no es justo. Queremos, auspiciamos un “desarrollo sustentable” o “sostenible”, donde los recursos sean aprovechados de manera razonable, sin comprometer la posibilidad de sobrevivencia y desarrollo de los demás y de las próximas generaciones. Auspiciamos una vida digna para todos.

¿Qué hacer? Pensamos que, ante todo, debemos estar al tanto de lo que pasa: sensibilizarnos e informarnos, para, después, evaluar los programas de desarrollo – o de destrucción – llevados a la práctica a nivel local (decisiones sobre el transporte público, por ejemplo), estatal (los rellenos sanitarios), nacional (la administración de las aguas, envases, lagunas, ríos, etc.) o internacional (reducción de las emisiones de monóxido de carbono, sólo para señalar un factor). Información para organizarnos, tomar decisiones, grandes (en las elecciones de nuestros gobernantes o participando en movimientos o grupos) o pequeñas (ahorrar el agua, consumir productos saludables, uso del carro o de los medios públicos, etc.). “La casa es de todos” y todos tenemos el derecho – también el deber – de participar en su manejo, con sentido de responsabilidad y con sabiduría.

Los pueblos indígenas conservan todavía una sabiduría que debemos aprovechar; la tierra es “Madre” y como tal debemos tratarla. La tierra no nos traiciona: con su biodiversidad y armonía es pródiga y fecunda; no podemos volverla enemiga y estéril. ¡Aprendamos de nuestros hermanos indígenas una relación más decente con la naturaleza!. La belleza del cosmos y los daños que nosotros los humanos le hemos infligido deben concientizarnos respecto a la necesidad de la indignación y del compromiso ético.

Podríamos preguntarnos: ¿Porqué hemos llegado a este punto de no regreso? ¿Se ha roto de manera irreversible una relación apropiada con el cosmos? La respuesta no podemos darla: nadie conoce el futuro. Ciertamente es que cada día perdido es un paso más hacia una situación irreversible. ¿Por qué? Muchas respuestas se asoman: intereses particulares y mezquinos, ignorancia y falta de previsión de las consecuencias, etc. La

revelación cristiana nos dice que, cuando se rompe la relación con el Creador, cuando el hombre quiere ser como Dios, el único resultado es que se convierte en un ser egoísta e incapaz de prever las consecuencias de sus decisiones; de cooperador en el proyecto de la creación se convierte en destructor de la naturaleza, de las relaciones interpersonales y de sí mismo.

El cuadro pintado es negro: sí, quizá demasiado. Por eso queremos concluir estas breves anotaciones con una nota de gozo: la naturaleza debe favorecer el salir a flote de la capacidad de maravillarnos, de asombrarnos. Nos sentimos pequeños frente a la majestuosidad del mundo y frágiles frente a las fuerzas de la naturaleza, no para probar el miedo, sino para encontrar nuestro lugar como “criaturas” solidarias con las demás y capaces de ser voz de las demás criaturas que no tienen lenguaje para alabar todos juntos al Creador.

Mientras estábamos reflexionando sobre este número de la Revista, el mundo ha sido sacudido por la enfermedad y la muerte del Papa Juan Pablo II y en estos últimos días con el anuncio y las expectativas por el nuevo Papa, Juan Pablo III.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a Juan Pablo II por sus iniciativas e impulso a la pastoral de la salud: presentaremos una reflexión sobre los Documentos y decisiones más importantes en este sector de la vida de la Iglesia Católica. Deseamos al nuevo Papa todo bien y le pedimos que nos ayude a llevar adelante nuestra labor a favor de nuestros hermanos enfermos.